

EL VALOR AUTOBIOGRAFICO DE LA VIDA DE TORRES VILLARROEL

Eugenio Suárez-Galbán

Pese a ciertos estudios importantes que se dedicaron en la década pasada a la *Vida* de Torres Villarroel,¹ queda todavía por señalar cómo la autobiografía torresiana refleja la meta fundamental que se propone realizar su género. A destacar ese valor autobiográfico de la *Vida* es a lo que nos dedicamos ahora en este trabajo, anticipando ya que también en este sentido es digna esa obra de mayor atención y aprecio que los que se le han dado.

Reducido a sus términos más sencillos, la autobiografía propiamente dicha, o sea, diferente de sus varios subgéneros (memoria, confesión, diario, etc.), aspira a la máxima integración de los sucesos y del autobiografiado. Este ha de permanecer bien en el medio de aquéllos, y ha de surgir de ellos tal que su personalidad domine, pero sin ahogar, esa narración de hechos y datos. Se halla así la autobiografía en medio de dos extremos subgenéricos: por un lado, el *journal intime*, en el que el mismo término da a entender que el énfasis estará en el aspecto interior (tendencia autoanalítica), y, por el otro, las memorias. En este último caso, la tendencia que suele manifestarse es una bien marcada hacia lo exterior (el supuesto histórico, ya bien del autor, ya bien de su época). Amigos, recuerdos de otras personas, sucesos, etc. compiten en mayor o menor grado con el adentramiento en el ser, por presentarse tales temas en una forma no relacionada directamente con el cuadro y su evolución de la personalidad central. Lo cual va en contra de lo que recién hemos dicho ocurre en la autobiografía, donde lo exterior y lo interior se complementan en una especie de equilibrio que favorece el triunfo de la personalidad, pero no a base de la derrota del mundo en torno a ese yo autobiográfico. En resumen, y para mayor claridad, distingamos dos temas a tratarse: el triunfo de la personalidad central, y la integración equilibrada de

¹ Véase especialmente a Russell P. Sebold, *Mixtificación y estructura picarescas en la Vida de Torres Villarroel*, Insula, noviembre 1963, No. 204, p. 7 y 12, trabajo en su esencia reproducido con el subtítulo de *El hibrismo estilístico de la autobiografía de Torres* en la Introducción que hizo Sebold a las *Visiones y visitas de Torres*, Madrid, Clásicos Castellanos, 1966, p. xxi-xxxiv. También Juan Marichal dedicó un artículo a la *Vida*, enfocándola desde el punto de vista socioeconómico, en *Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo*, Papeles de Son Armadans, cviii, marzo, 1965, p. 297-306, mientras que Arturo Berenguer Carisomo le dedica un pequeño libro, *El doctor Diego de Torres Villarroel o el pícaro universitario*, Buenos Aires, Ediciones Españolas [1965], para citar los tres trabajos que nos han provocado mayor entusiasmo.

dicha personalidad y de los sucesos. En el logro de ambos, que en realidad pueden muy fácilmente (y deben, en última instancia) ser reducidos a uno, yace la medida para juzgar el valor de una autobiografía.²

Empecemos, pues, con ese centrarse de la autobiografía en su autor que garantiza que su personalidad quedará bien definida dentro de la obra. Por supuesto que toda autobiografía vierte forzosamente alguna luz sobre la condición del autobiografiado. La de Torres sobresale en este sentido, favoreciendo de una manera constante el retrato al relato del autor. El resultado de esto será que ese autorretrato se nos dibuja explícitamente, en contraste con otras autobiografías que mencionaremos donde las características peculiares del autor tienen que intuirse o derivarse de modo más indirecto al ser deducidas de la narración de aventuras, sucesos, opiniones personales, etc. Es más, hasta podría afirmarse que en Torres la narración por lo general carece de valor verídico en sí y es de fiar sólo como reflejo de la personalidad villarroeliana. No necesariamente porque Torres sea un mentiroso, sino porque el sentido de sinceridad que prevalece en su autobiografía se refiere más a lo psicológico que a lo anecdótico. No se trata tanto de desmentir las afirmaciones de Torres como de insistir una vez más en que en su autobiografía el énfasis cae generalmente en el valor humano más bien que en el documental.

El fenómeno quedará bien claro tras algunas observaciones respecto a la contradicción villarroeliana. Que Torres es todo contradicción, ya lo señaló otro a cabalidad.³ Ahora bien: acéptese que esa contradicción se debe concretamente a la lucha entre mundanidad y ascesis, como opina Sebold, o acétese que responde al mayor logro posible de una confesión apologetico-autolaudatoria, según nos esforzamos por comprobar en otro lugar,⁴ en todo caso, y en abstracto, la contradicción en su papel

² Para la teoría autobiográfica que se halla en este párrafo, puede consultarse *What is Autobiography*, en Roy Rascal, *Design and Truth in Autobiography*, Cambridge, Massachusetts, 1960, p. 1-20, especialmente p. 8-11, donde se trata de esa relación particular entre personalidad central y mundo exterior. Véase también Richard G. Lillard, *American Life in Autobiography*, Stanford, 1956, p. 5; Paul Lehman, *Autobiographies of the Middle Ages*, Transactions of the Royal Historical Society, III, 5a serie, London, 1953, p. 41; y Arthur Mc Dowell, *Autobiography as Art*, London Mercury, June 1920, II, 8, p. 163, y 166-67, para uno o más de los puntos que hemos tocado en el párrafo.

La escasez de crítica hispana e hispanista que se ve aquí y en otras partes de nuestro trabajo responde al poco interés que ha suscitado el género autobiográfico en las literaturas hispánicas, tema que abordamos en *La autobiografía en España (más reflexiones hacia el orientalismo)*, a ser publicado en Sin Nombre.

³ Sebold en los dos trabajos suyos que ya hemos citado.

⁴ *La estructura autobiográfica de la Vida de Torres Villarroel*, Hispanófila, enero 1971, XLI, p. 23-53.

El que relea lo que decimos en la página 51 de nuestro artículo, volverá a ver que no contraponemos nuestra opinión a la de Sebold, sino que simplemente distinguimos entre el reflejo de un alma en lucha con un dualismo contradictorio, y la intención principal de escribir una autobiografía por razones de fama. Que toda autobiografía responda en el fondo y en mayor o menor grado a un deseo de conocerse y revelarse (la lucha que

trascendental sirve para estructurar la autobiografía alrededor de su autor, y no de los hechos. Estos se disuelven mediante contradicciones, pero aquél queda en el medio como enigma e imán que atrae a la vez que repele distintas e incompatibles posibilidades. Tan es así, que la contradicción llega incluso a perjudicar hasta la misma intención principal que manifiesta Torres por haber escrito su autobiografía. Recién acabamos de decir que la intención principal de Torres fue escribir una apología y confesión autolaudatorias. En el proceso, sin embargo, Torres no puede evitar revelársenos, lo que no plantearía ningún problema si esa autorevelación no resultara incompatible con dicha intención. Es decir, ese proceso normal y forzoso en toda autobiografía de verter luz sobre la condición del autobiografiado, se convierte en la de Torres en una afirmación de la personalidad que va destruyendo también forzosamente cualquier intento de justificarse ante el lector. Porque al contradecirse tanto, y así revelársenos tanto y tan bien como ser esencialmente contradictorio, forzosamente otra vez la credulidad del lector va disminuyendo más y más, y los esfuerzos del autor por convencernos de su valía y de su confesión mundana en general se van frustrando igualmente cada vez más. No convencen los "hechos" de quien admite de antemano y descaradamente que la mentira es inevitable: "y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embocaos vosotros (pase a vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demás es irremediable".⁵ Si convence, no obstante, esa admisión: no se ha de fiar de la fidelidad del relato, pero sí de la del retrato de quien no puede hacer otra cosa psicológicamente hablando que reflejar su condición contradictoria, aun cuando ésta perjudique esa otra necesidad psicológica de la fama y de la aceptación general. Con igual soltura con que admite la mentira, admitirá constantemente la contradicción incompatible con su fin jactancioso. De ahí que los hechos, datos, incidentes, etc. tengan en la *Vida* un valor secundario en cuanto tales, hasta el punto —repetamos— de aniquilarse mutuamente, esfumándose así el valor de toda afirmación salvo el de la del autor como afirmación de una contradicción humana. Basta recordar el caso de las "noticias ciertas y asunto verdadero" (*Introducción*, p. 17), palabras con las que Torres quiere asegurarnos que perseguirá el ideal de la verdad en su autobiografía: son palabras que ya contradicen afirmaciones anteriores.⁶ Y es una promesa de veracidad "objetiva" que

destaca Sebold en Villarroel), y que ninguna autobiografía en el mejor significado del término sea explicable meramente por un deseo de gloria o renombre, como volveremos a repetir, no quita que una autobiografía pueda estructurarse sobre lo último y llegar a realizar también lo primero, conforme estamos a punto de elaborar en el caso de Torres. (También elaboraremos después sobre esa revelación autobiográfica que mencionamos arriba, la cual no tiene que limitarse al usual concepto de "sinceridad" u honestidad con sus pretensiones de objetividad, para advertirlo desde ahora).

⁵ Citamos siempre de la edición de la *Vida* por Federico de Onís, Madrid, Clasicos Castellanos, 1954; aquí la cita corresponde a *Prólogo al lector*, p. 6.

⁶ No sólo por lo que ya nos ha dicho Torres en la cita 5, sino además porque al mismo comienzo de esta *Introducción* afirma, por un lado, que su vida no merece ni honras ni epitafios, y por el otro, que él no aspira "a más memorias que a los piadosísimos

nunca se cumplirá, pues las tales noticias y el tal asunto resultarán por lo general factores destinados a destacar la figura central del autobiografiado, trocándose así en explotación subjetiva una materia teóricamente "neutral".⁷

Si relacionamos ahora este tema de la contradicción con sus repercusiones en cuanto a la sinceridad autobiográfica de Torres, veremos repetirse de nuevo esa insistencia en la personalidad central sobre cualquier otro factor. Sabido es que en una autobiografía la "verdad" personal supera siempre la de los hechos. Justamente lo que garantiza la validez del manuscrito torresiano como fiel documento de su autor es esa especial sinceridad autobiográfica, que nada o poco tiene que ver con la verdad objetiva que tanto preocupa al biógrafo y el historiador, al menos en el sentido tradicional.⁸ Pensemos otra vez en esa más que obvia incompatibilidad entre propósito y presentación autobiográficos de parte de Torres. Más que obvia, y por lo mismo, incapaz de explicarse como fenómeno inconsciente, pues claro está que es de suponer que Torres llegó a darse cuenta de ese peligro de perjudicar su sed de fama con su autorevelación tan contradictoria. Simple y llanamente, no se contradice tanto quien quiere convencer sin darse cuenta tarde o temprano de que no logrará ese fin revelándose así de arbitrario. Y, sin embargo, Torres sigue contradiciéndose. Es decir, sigue revelándose sobre cualquier otra cosa, corroborando de este modo la auténtica sinceridad autobiográfica de su Vida.

sufragios que hace la Iglesia . . . por toda la comunidad de los finados de su gremio" (p. 9), para aquí alegar que una de las razones por haber escrito su vida es para que "coja noticias ciertas y asunto verdadero el orador que haya de predicar [sus] honras al reverente claustro de [su] Universidad" (*Loc. cit.*, p. 17-18). Innecesario es decir que Torres volverá a contradecirse, y sólo uans líneas después, al opinar que la costumbre de honras fúnebres debe desaparecer, añadiendo que "Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras honras, yo deseo que empiece por mí . . ." (*Loc. cit.*, p. 19). En su *Mixtificación y estructura*, p. 7, Sebold resume todas las contradicciones de esta *Introducción*, incluyendo ésta.

⁷ Conforme explicamos detalladamente en *La estructura autobiográfica*, especialmente p. 25-33.

⁸ No deja de ser interesante notar la nueva relación que ha surgido entre los dos, el biógrafo y el historiador, con la escuela de Lewis Namier. Nos referimos a la insistencia de parte de dicha escuela de pensamiento histórico en el valor de la biografía como método más históricamente válido que el de la historia tradicional con su resignación a "movimientos", "ismos", "ideologías", etc. según señala Donald Greene en *The Uses of Autobiography in the Eighteenth Century*, E. Phillip B. Dahlgren, editor, *Essays in Eighteenth Century Biography*, Bloomington, 1968, p. 55 (pero véase también el contenido de la nota 8 en la página 121). Ahora bien: lo interesante de la cuestión para nosotros aumenta al tener en cuenta que en este artículo Green sostiene la superioridad de la autobiografía sobre la biografía como método de conocimiento de un ser histórico-humano (véase especialmente la página 58 de su artículo). No es éste el lugar para apoyar o refutar a Green; simplemente quisiéramos observar otra vez, pues ya lo hicimos en *Voluntad antinovelesca, intensidad autobiográfica de la Vida de Torres Villarroel*, que publicará La Torre, que en el caso de las naciones hispánicas cualquier valor autobiográfico-histórico se vería obstaculizado por la mencionada escasez de muestras autobiográficas en los países de habla hispana. Los que concuerden con Greene, naturalmente, verán a su vez graves implicaciones para la historiografía hispana debido a dicha escasez.

Hay que dejar bien claro que la verdad y honestidad torresianas están muy lejos de esa supuesta objetividad de "desapasionado criterio" con que Torres se juzga a sí mismo, según uno,⁹ como lo están también de ese supuesto descubrir "a las claras, así sus defectos y sus buenas prendas, como las extravagancias de su índole versátil e incomprensible" que le atribuía otro.¹⁰ Ya hemos dicho que la objetividad no juega un papel serio en la *Vida*, pero tampoco por eso ha de concluirse que se trata de un "documento insatisfactorio, ajeno de franqueza espiritual y que como todos sus libros, tiene mucho de naípe de tatur y casi nada de intimidad de corazón."¹¹ Ambas críticas —la de los primeros dos y la del último— andan despistadas por la misma razón, polares como sean sus conclusiones; pues —cosa tan frecuente en el caso de la *Vida*— ninguna juzga la obra de acuerdo a su género. Ya se ha dicho que en una autobiografía la verdad ideal, el querer ser, prevalece sobre la exactitud de hechos y de detalles, hasta el punto de poder resultar la mentira más "verdadera" en cuanto más reveladora de la personalidad auténtica del autobiografiado. Es esa precisamente la razón por la cual la falsificación consciente o inconsciente resulta siempre aquí prueba verdadera de dicha personalidad.¹²

Contrario a esa contradicción entre propósito y presentación autobiográficos, pues, no hay incompatibilidad entre mentira narrativa y verdad psicológica. Por lo demás, y por si cabía alguna duda, las averiguaciones recientes del P. Florencio Marcos Rodríguez, las cuales caracterizan ya definitivamente a Torres como "el hombre de verdades a medias", el que "rozaría la mentira, si dijera una palabra más",¹³ vuelven a corroborar que a

⁹ Miguel Gutiérrez, *Don Diego de Torres Villarroel (estudio de su vida y obras)*, Revista Contemporánea, LX, noviembre-diciembre, 1885, p. 160.

¹⁰ Leopoldo Augusto de Cueto, *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, I, Madrid, 1893, p. 69.

Lo que no quita, sin embargo, que Torres sea a momentos capaz de tal juicio, pero no es esa ni mucho menos la regla general, como aclaramos también en *La estructura autobiográfica*, especialmente, otra vez, entre las páginas 25-33.

¹¹ Jorge Luis Borges, *Torres Villarroel en Inquisiciones*, Buenos Aires, 1925, p. 9.

Cuando subrayamos en Torres una actitud no objetiva, nos referimos no sólo a la apasionada autodefensa o a un criterio obviamente subjetivo ante la autoevaluación, sino también al más sutil subjetivismo visto en la insistencia de mantener siempre presente la figura del autobiografiado, ya bien esquivando temas más "objetivos" —hechos, datos, sucesos, etc.— que no repercutan de forma tan directa sobre esa figura, ya bien subyugando tales temas a esa repercusión directa, conforme hemos empezado ya a apreciar.

¹² Vuelva a verse Pascal, *Loc. cit.*, p. 1.

¹³ *Las huellas de Villarroel en el archivo universitario de Salamanca*, conferencia publicada en *Una figura salmantina, don Diego de Torres Villarroel*, Salamanca, 1971, p. 30.

Por otro lado, tampoco le importaba a Torres, al menos en última instancia, crear la impresión siquiera de que él se esforzaba por alcanzar dichas verdades y narración. De modo que lo que señalamos aquí con la ayuda de Marcos Rodríguez vendría a complementar lo que señalábamos antes con las propias palabras de Torres que admiten la inevitabilidad de la mentira (vuelva a verse nota 5).

Villarroel le preocupaba otro tipo de verdad que la anecdótica y otro tipo de narración que la "objetiva". Y es de acuerdo a este criterio que quita el énfasis de lo documental para ponerlo en la persona que tenemos que juzgar la "franqueza espiritual" y la "intimidad de corazón" de Villarroel.¹⁴ Porque de acuerdo a él, resulta que sí se trata de un documento muy satisfactorio, muy íntimo en cuanto a la revelación profunda de la personalidad y su problemática, muy espiritual por brindarnos constante e intensamente esa lucha interna de opuestos que sella la personalidad —la condición espiritual— del autor, y por brindarnos también esa necesidad de fama y de reconocimiento que se ve igualmente y con más frecuencia, a través de la contradicción, y que representa asimismo la condición espiritual del autobiografiado también. Como siempre, volvemos al triunfo del retrato sobre el relato.

Por otro lado, y para finalizar con el tema de la sinceridad autobiográfica torresiana, tampoco deja Villarroel de señalarnos su condición vanidosa en el mismo lugar donde nos ha admitido sin reparos la necesidad de la mentira. Y lo hace, otra vez, a costa del contenido, declarándose en contra de la veracidad de la narración, la cual se ve de nuevo sometida al cuadro que el autor dibuja de sí mismo: "Maliciaras acaso (yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con la confesión de cuatro pecadillos, queriendo vender por humildad rendida lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal; . . ." (Prólogo al lector, p. 6). Tampoco nos interesa documentar la mentira ahora pues nos basta con señalar el énfasis que el autor da a su materia autobiografiable: excusa para satisfacer la vanidad, personalidad necesitada de aprobación. Sucede, sin embargo, que a Torres le pasa lo que suele ocurrir en el mejor de los casos,¹⁵ y la vanidad y el deseo de renombre no le bastan —obviamente— como móviles que logren explicar satisfactoriamente el impulso autobiográfico de la *Vida*. Al ser así, al haberle bastado, no tendríamos el ya conocido conflicto entre autorevelación y sed de fama. Porque al y para jactarse, Torres maneja una complicada red de contradicciones que no dejan de reflejar una genuina condición interior. Se nos revela contradictorio al palpase el ser, y como tal, no como el gran matemático, ni el gran astrólogo, ni el gran escritor cuyas obras le garantizarán fama eterna, sino como tal, como hombre que nos intriga por su personalidad particular, es que lo recordamos más que nada al terminar la lectura de su *Vida*. Y es que a Torres

¹⁴ En una nota al pie de *La Vida de Torres Villarroel y la autobiografía moderna (De Villarroel a Rousseau: solución de continuidad en el siglo XVIII)*, trabajo que será publicado en Nueva Revista de Filología Hispánica, distinguimos también el sentido en que se debe hablar de intimidad en la autobiografía torresiana, señalando específicamente que no se trata de la intimidad lírica usualmente relacionada con la "intimidad" de corazón". Téngase presente esto cuando hablemos después de la ausencia del elemento lírico en la *Vida*, para no tener que repetir allí que la tal ausencia no niega el carácter íntimo en el sentido en que hemos usado y continuamos en seguida a usar el término.

¹⁵ Véase Geor Misch, *Geschichte der Autobiographie*, I, 1a parte, Frankfurt, 1949, p. 16-17.

le pasó también lo que a muchos, y lo que puede considerarse regla general en las autobiografías más valiosas que por equis razones no presentan en un nivel más o menos claro, o de primera intención y orden, la autobúsqueda y autorevelación como motivo de preocupación intensa al autor. Lo que le ocurrió a San Agustín, sin ir más lejos; pues de la misma manera que Agustín quería ante todo alabar a Dios, enseñar y amonestar con su ejemplo, etc., en vez de dibujar su vida y personalidad, que es lo que termina haciendo también, y fijando con ellos por primera vez la dimensión metafísica de la autobiografía, conforme recuerda otro,¹⁶ igualmente Villarroel termina entregándose como ser humano, como personalidad pugnando por integrarse y acabando por imponerse, a pesar —aunque también a través de— su propósito principal en ese mismo plano consciente de dejar bien asegurada su fama. Otro tanto podría decirse de la Santa de Avila, cuya búsqueda consciente de Dios termina en un autoencuentro hasta un cierto punto muy agudo, bien que el autoconocimiento siempre tenga sus límites.¹⁷

Se impone e impera esa personalidad central de Torres, pero no tiraniza la narración con un "puro" análisis del yo, para entrar ahora en el segundo principio o meta ideal de la autobiografía propiamente dicha. De hecho, se manifiesta en Torres una resistencia al adentramiento excesivo en el yo, lo que podría explicar la ausencia general de lirismo en su autobiografía. En este sentido, anda Torres muy lejos de la personalidad lírico-autobiográfica de Jean Jacques Rousseau, de Marevna Vorobev y de Rafael Alberti, para mencionar sólo algunos ejemplos. Incluso, en el único pasaje donde Villarroel se deviene algún rato a estudiarse "por dentro" (III, p. 67), se registra claramente una actitud científica en el uso de los vocablos médicos y las alusiones a las teorías que calificaremos de biológico-psicológicas de su época, así como en la escueta observación y enumeración de los fenómenos psíquicos.¹⁸ Las sensaciones, emociones y sentimientos que acompañan

¹⁶ Paul Lehmann, *Op. cit.*, p. 42.

¹⁷ Quizás esté más claro ahora el contenido de la nota 4 tras haber detallado algo más el asunto aquí.

¹⁸ "Tengo, como todos los hijos de Adán, hígado, bazo, corazón, tripas, hipocondrios, mesenterio y toda la caterva de rincones y escondrijos que asegura y demuestra la docta Anatomía. Estos son (según aseguran los filósofos naturales) los nidos y las chozas donde se esconden y retiran los apetitos revoltosos, los afectos inexcrutables y las pasiones altaneras y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo dócil y lo destemplado, lo arguyen de la disposición, textura, cualidad y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa y posible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es, que, salga del hígado, del bazo o del corazón, yo tengo ira, miedo, piedad, alegría, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre y todos los buenos y malos afectos, y loables y reprehensibles ejercicios, que se pueden encontrar en todos los hombres juntos y separados. Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinación a llorar y a reír, a dar y a retener, a holgar y a padecer, y siempre ignoro la causa y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más o menos; porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración. A la mayor o menor altura de los afectos y a la más furiosa o sosegada expresión de las pasiones, llaman genio, natural o crianza la mayor

tradicionalmente el autoanálisis autobiográfico, infundiéndolo de su ambiente lírico, y que en su manifestación más exagerada culminan en una intimidad avasalladora del mundo exterior, no juegan un papel en la *Vida*. No queremos con esto ni siquiera insinuar que el elemento lírico destruye inmediata y necesariamente ese equilibrio entre lo exterior y lo interior deseable en la autobiografía. Ahí está tan lejos de ese peligro de desbordarse por lo íntimo, que ni siquiera asoma el lirismo en su autobiografía. Es casi como si Torres temiera revelarse desde adentro.

Desde fuera, lo hace muy bien. Rara vez se halla en Torres algún elemento exterior que no repercuta sobre su personalidad. Fijémonos otra vez en que su *Vida*, más que autobiografía propiamente dicha, es una apología y una confesión, si bien, como en todo género literario, las categorías aquí quedan también algo indefinibles. Aun cuando aceptamos, con Sayre, que dichos subgéneros están íntimamente ligados al género de la autobiografía,¹⁹ no hay porqué pensar que habrá automáticamente una garantía de éxito en cuanto a la relación entre el mundo exterior y el interior en toda confesión y apología explícitas. Como tales se puede interpretar sin ninguna dificultad la autobiografía de Giambattista Vico; es decir, como la de Torres, la de Vico es explícitamente una apología y confesión profesional.²⁰ La diferencia entre ambas obras está bien clara, sin embargo,

parte de la comunidad de las gentes; y si el mío se ha de conocer por las más repetidas exaltaciones del ánimo, aquí las pondré con la brevedad que las examino, apartando por este breve rato el sonrojo que se va viniendo a mi semblante" (III, p. 67). Lo que sigue en el próximo párrafo, se va alejando gradualmente de una visión interior.

Por lo demás, al hablar de una "actitud científica" en este pasaje de parte de Torres, simplemente afirmamos que Villarreal se plantea el asunto como si fuera un problema científico, sin pasar juicio aquí sobre la autenticidad científica de Torres que Sebold estudió en *Torres Villarreal y las vanidades del mundo*, Archivum, enero-diciembre 1957, VII, 1, 2, p. 115-146, así como en su *Introducción a las Visiones y visitas*, bajo el subtítulo ahora de *El atraso de las ideas científicas de Torres y el casticismo de su estilo literario*, p. xxxiv-1x.

¹⁹ Robert F. Sayre, *The Examined Self*, Princeton, 1964, p. 6, donde afirma el crítico que "In being a man's story of his own life, both as an individual and as a member of society, autobiography is most closely connected to the apology and the confession. Augustine's *Confessions*, after all, is the great colossus of Western autobiography, . . ."

Convendría, no obstante, contrapesar esa opinión con otra que ponga algún énfasis en la indiscutible diferencia entre la apología y la autobiografía propiamente dicha: "In political life, too, there is a greater risk than in other spheres of the autobiography's being an apologie, a risk, that is, that it is written to persuade", Pascal, *Loc.cit.*, p. 6. En ese énfasis en la persuasión, pues, estriba la diferencia. Que esa diferencia sería aplicable también, al menos en mayor o menor grado, al otro subgénero que nos concierne aquí, queda claro por la estrecha y bastante obvia —relación que existe entre la confesión y la apología, relación, de hecho, que se destaca con igual claridad en las propias palabras de Sayre citadas.

²⁰ Además de la de Vico, usaremos como contrapunto a la autobiografía torresiana las de Benjamín Franklin y Edward Gibbon, justamente por representar éstas también buenas muestras de apologías y confesiones profesionales de la época. Como la *Vida*, esas obras se estructuran sobre el aspecto profesional de sus respectivos autores, mientras que si juzgamos *Les Confessions*, de Rousseau con el mismo criterio, notamos enseguida la gran diferencia que hay entre él y los otros debido al énfasis que el francés pone sobre su

pues donde a Vico le interesa revelar su conocimiento —recuérdese las discusiones sobre las filosofías de Platón, Aristóteles, Descartes, sobre el sistema geométrico, y sobre múltiples otros detalles de erudición— a Torres le urge ante todo revelar su ser. Este está bien oculto en el contemporáneo italiano de Villarreal, hasta el punto de utilizar Vico la tercera persona. No que tal técnica aniquila forzosamente todo adentramiento o intimidad. De hecho, es concebible lo opuesto en el caso del autor que usa la tercera persona como especie de escudo para expresar intimidades que le serían vedadas en la primera. La intensa identificación entre el yo escrito y el real que se impone con la primera persona sería así de algún modo esquivada, o al menos, atenuada. Tal no parece ser el caso de Giambattista, sin embargo, pues en él no aparecen detalles penosos de contar, o ni siquiera detalles íntimos. A lo sumo, podría sospecharse, o mejor dicho, pensarse con bastante seguridad, que miedo a resultar excesivamente jactancioso es lo que le llevó al uso de la tercera persona, con la cual espera sutillar algo su inmodestia.

Torres tuvo que confrontar el mismo problema, pero le dio una solución distinta. No superar la inmodestia a costo del yo autobiográfico, sino sumergir ese yo en las contradicciones y el humor "serio" de bromas y veras que afirman y niegan simultáneamente la jactancia mundana alternándola con religiosidad ascética.²¹ Es la solución sólo posible al ser esencialmente contradictorio que para satisfacer su vanidad necesita contradecirla, no meramente sutillarla. Y es la misma diferencia que se aprecia también al contrastar a Torres con Benjamín Franklin y Edward Gibbon. Semejante a ellos, a Torres le preocupa mucho afirmar su valor y contribución cultural; en contraste, Torres tiene constantemente la necesidad de contrapesar la autobalanza con su autodesprecio.

persona más bien que sobre su profesión. Todo parte de lo primero en Rousseau, aun cuando se recuerden momentos en que Jean Jacques se excusa al tomar su narración un matiz claramente apologético desde el punto de vista profesional. Es la excepción, sin embargo: pronto volverá la magia de su personalidad a relegar todo a segundo plano, incluyendo lo profesional. Pues bien: parece que nos contradecimos, pues le hemos atribuido a la *Vida* semejante triunfo de la personalidad. Pero con una gran diferencia: que en Torres arranca de lo profesional, trasmutándolo en personalidad, sí, como venimos y seguimos insistiendo, pero, no obstante, manteniendo siempre el énfasis en la parte profesional del hombre en vista de esa constante insistencia en la contribución profesional. Por eso mismo, acabamos de volver a recordar que la *Vida* es una explícita confesión apologética, para continuar señalando cómo a pesar de ello, la autobiografía de Torres se acerca más que las otras al ideal de integrar la personalidad dentro de los hechos que se ve tan cabalmente en Rousseau, entre otras afinidades que ya hemos señalado en *Torres Villarreal y la autobiografía moderna*.

Por lo demás, debe tenerse en cuenta la gran actividad profesional de Torres —semejante en esto a Franklin— pues se destacó, o quiso destacarse, como astrólogo, matemático, catedrático, escritor, etc. Téngase en cuenta, además, que en el caso de Torres, como en el de todo individuo que ejerce una profesión de algún modo u otro relacionada con el saber humano, la mera revelación del conocimiento, o incluso, la mera meditación sobre éste o aquel aspecto del saber, formaría parte ya de la apología y confesión profesionales. Este es el caso del proyecto de Franklin que estamos a punto de citar.

²¹ Según estudiamos a fondo en *La estructura autobiográfica*.

En definitiva, la diferencia entre el autobiografiado español y sus contemporáneos radica en la repercusión psicológicamente reveladora que tiene la materia profesional en el caso del primero. Desde luego que hay revelación psicológica en todos, ya que podría argüirse que los cuatro manifiestan semejante ansia de fama. Por otro lado, el caso de Torres trasciende ese deseo bastante común y frecuente en los hombres, repitiéndose la técnica contradictoria que tan bien refleja su personalidad hasta en los momentos de mayor afirmación profesional: "A mí me parece que no soy tan bobo como me hacen ellos y el sayo . . . y si he de decirlo todo, aseguro que nunca creí ni esperé salir tan discreto y tan letrado" (Prólogo al "trozo" V, p. 143). No tardará, sin embargo, el contrapeso de "humildad": "Tengan sabido mis desafectos que yo sé algo; es verdad que es muy poquito . . ." (Loc. cit., p. 144).²² De ahí que no se trate de una simple afirmación, sino más bien de una revelación de particular significado psicológico.

De ahí también que la autobiografía de Torres termine en algo más grande y valioso que la suma total de incidentes, como es de esperar de las mejores muestras del género.²³ Es decir, la confesión apologética basada en la contribución cultural de Villarroel no se limita a proveer *res gestae* sin más ni más; no presenta simplemente afirmaciones que se quedan "quietas" como "buenos" datos, sino que brinda en vez otra dimensión dinámica del autobiografiado al rebotar esas afirmaciones contradictorias unas contra otras, y regresar todas finalmente a las manos que las lanzó tan problemáticamente. Pero tampoco quisiéramos aquí posibilitar por insinuación involuntaria una interpretación falaz respecto a por lo menos dos de las tres autobiografías que recién hemos usado como contraste a la de Torres. No queremos decir que en ellas no se da ese nutrirse de la personalidad central de las afirmaciones, y más específicamente, de la narración de logros profesionales, tema que nos interesa por ahora más que ningún otro. Es verdad que Vico sí podría plantear un problema en este sentido, ya que, como hemos visto, su mayor interés está en dejar bien constatado su pensamiento y su valía intelectual de una forma que no se molesta por lo general en la integración de la personalidad y los hechos, aunque, claro está, siempre quedará alguna revelación interior, siquiera implícita, desde el momento en que un hombre comience a hablar de sí y de su labor y valor. Con Franklin y Gibbon, el cuadro cambia: el pragmatismo del primero que subraya a toda luz superpersonalidad práctica,²⁴ así como el fuerte racionalis-

²² Sería superfluo a estas alturas continuar citando más casos de contradicción profesional de parte de Villarroel en sus contradictorias apología y confesión básicamente profesionales, cosa que, por lo demás, ya hemos hecho bajo *Autocrítica profesional en La estructura autobiográfica*, p. 30-33.

²³ Véase Wayne Shumaker, *English Autobiography, Its Emergence, Materials and Forms*, Berkeley, 1954, p. 120.

²⁴ Hasta el punto de haberse descrito su autobiografía como "the first narrative of a man as a practical social being" (Pascal, *Ob. cit.*, p. 37), opinión que en otra nota al pie de *Torres Villarroel y la autobiografía moderna* consideramos debe modificarse en vista de la anterioridad de la autobiografía de Torres a la de Franklin.

mo que sella claramente la personalidad del segundo,²⁵ puede que resalten con igual claridad al comentar cada cual sus éxitos, conocimientos o actitudes en tal y cual pasaje.

Lo que sigue distinguiendo a Torres en este sentido, sin embargo, es esa mayor repercusión psicológica que tiene el dato en su *Vida*. Franklin comentando y presentando su "bold and arduous project of arriving at moral perfection",²⁶ y Gibbon haciendo otro tanto en cuanto a su *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, nos pueden presentar simultáneamente ciertos aspectos fundamentales de sus respectivas personalidades, según acabamos de afirmar arriba. No obstante, la función "humana" —digámoslo así— del dato en ellos tiene que derivarse, extraerse, deducirse, mientras que en Torres dicha función es de carácter activo, explícito, directo, para repetir lo dicho al principio de este ensayo ahora que hemos tenido la oportunidad de comprobarlo con más detalle. Torres no nos deja olvidar por un momento el problema central de su ser, hasta el punto de que el mismo dato se torna parte del problema del autobiografiado que con usual facilidad afirmará y negará ese dato como ha hecho a lo largo de su obra con tantas otras declaraciones. Como antes con los hechos que se disolvían en contradicciones, ahora los datos profesionales se esfuman ante nuestros ojos que una vez más se ven forzados a ver sólo la personalidad que problemáticamente está latiendo ahí siempre frente a ellos.

Volvemos siempre a lo mismo: a la contradicción que —curiosamente— garantiza el alto valor autobiográfico de la *Vida*-villarroeliana. Contradicción de hechos, contradicción psicológica; ambigüedad del mundo exterior que no hace otra cosa que reflejar la arbitrariedad interna. Ya decíamos antes al comienzo de este trabajo que los dos principios o ideales autobiográficos sobre los que se fundamenta el género deben ser reducidos a uno. Sólo por razones de crítica hemos distinguido entre el triunfo del yo en la primera parte de este ensayo, y las limitaciones en la segunda que a ese triunfo le impone el manejo del mundo exterior tal que no se permita una exclusividad intimista. Dado que la autobiografía de Torres se encauza principalmente sobre los subgéneros de apología y confesión, le hemos presentado mayor atención a ese particular mundo exterior de lo profesional al discutir el papel autobiográfico de lo exterior en la *Vida*, si bien lo profesional en Torres puede cubrir una amplia variedad de actividades. No obstante, es fácil comprobar el mismo resultado si nos encaramos ahora a un caso no directamente profesional, al menos a primera vista.

Tomemos la autoevaluación moral-personal que hace Villarroel de sí

²⁵ Ya se ha visto este libro como uno "eminently representative of that rationalist eighteenth-century outlook which Gibbon himself personified so well" por Dero A. Saunders, en su introducción a su edición de *The Autobiography of Edward Gibbon*, New York, 1961, p. 9.

²⁶ Benjamin Franklin, *The Autobiography and Other Writings*, New York, The New American Library, 1964, p. 94.

mismo.²⁷ El conocido patrón de afirmación y negación volverá a imponerse aquí; la misma ambigüedad que caracteriza a Torres en lo profesional, lo caracterizará ahora en lo moral. Las faltas y los pecados que Torres nos describe en un momento, en otro se convertirán en "disculpables verdores" (III, p. 83; la jactancia, en "una vanidad disculpable" IV, p. 130). Las palmadas de pecho, pues, son por lo general huecas como acusación religiosa. La autocrítica se torna en autoelogio, al fin y al cabo. Como el mismo Torres nos había advertido al principio de la *Vida*. "Tal cual vez soy bueno; pero no por eso dejo de ser malo" (Introducción, p. 12). Es la misma ambigüedad que nos ha descrito en el ya citado pasaje donde se autoanaliza con algún detenimiento y se nos revela como persona esencialmente contradictoria.²⁸ Profesional, moral, personalmente, de cualquier forma, siempre se ve a Torres luchando desde la ambigüedad.

Y volvemos siempre a lo mismo, dándole vueltas a una misma cuestión; y seguiremos así cada vez que nos planteemos cualquier aspecto fundamental de la *Vida*, obra que gira primera y constantemente alrededor de la problemática personal de su autor, transformando todo en revelación psicológica, pero basándose siempre para esa metamorfosis en el mundo exterior, no cerrándose a él en el encarcelamiento excesivo del yo. De ahí que cumpla tan bien con las metas que se propone realizar su género. De ahí también que haya que ir a Jean Jacques Rousseau para encontrar otra autobiografía que tan expresamente señale ese cambio al énfasis en la dimensión psicológica del ser humano.

Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico

²⁷ Necesario es repetir aquí lo que ya tratamos más extensamente en *La estructura autobiográfica bajo Autocrítica moral*, p. 26-30. Por cierto que también señalamos ahí cómo lo moral en Torres no anda tan desligado de lo profesional, al fin y al cabo, pese a esas primeras apariencias que acabamos de mencionar.

²⁸ Vuelva a verse la nota 18.